

FRANCESC ESCRIBANO

LA TIERRA Y LAS CENIZAS

BRASIL: VIAJE AL CORAZÓN DEL PAÍS DE LULA,
BOLSONARO Y CASALDÀLIGA



DESTINO

Francesc Escribano

La tierra y las cenizas

Brasil: viaje al corazón del país de Lula,
Bolsonaro y Casaldàliga

Traducción de Ana Ciurans

Título original: *La terra i les cendres*

© Francesc Escribano, 2023

© Edicions 62, S.A.

© por la traducción del catalán, Ana Ciurans, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-233-6427-5

Depósito legal: B. 17.036-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Primer viaje ABRIL DE 1985

Prólogo. Buscando a Pedro Casaldàliga.....	11
--	----

Penúltimo viaje NOVIEMBRE DE 2021

1. La muerte en Batatais	37
2. Una cruz en un mapa	67
3. La verdad os hará libres.....	97
4. Un Dios armado.....	121
5. La comunidad del anillo	149
6. Personas sencillas en lugares sin importancia	175

Último viaje OCTUBRE-NOVIEMBRE DE 2022

7. Dos Brasiles, una victoria	207
8. Dos metros y la resurrección.....	235

LA MUERTE EN BATATAIS

Llego a Brasil una mañana de noviembre de 2021, el segundo año de pandemia. Me cuentan que lo peor, que aquí fue mucho más que malo, ya ha pasado. Es lo que proclama, exultante, la portada a cinco columnas del *Estado*: «Tras 20 meses, São Paulo pasa 24 horas sin registrar ninguna muerte por COVID-19». Una buena noticia para un país que ha sido uno de los más afectados y de los que más han sufrido. Por una parte, a causa de los más de seiscientos mil muertos en poco más de un año, que convirtieron a Brasil en uno de los países con una de las tasas de mortalidad más elevadas. Por otra, a causa de la gestión caótica de la crisis, liderada por un presidente que no solo negaba la evidencia, sino que encima se burlaba de las víctimas. Sí, no exagero, en el pico del impacto de la COVID-19, Bolsonaro apareció en televisión fingiendo que se ahogaba para burlarse de lo que él consideraba los síntomas ridículos de una enfermedad imaginaria. No debió de ser muy alentador luchar contra la pandemia teniendo a un negacionista como máximo representante institucional y político.

Pero ahora, por fin, tras muchos meses de incertidumbre, miedo y dolor, el país empieza a recuperarse del terrible golpe que ha dejado a los brasileños sin aliento. Y a mí,

el día en que llego, sin olfato. La maldita mascarilla. Aún tengo que esperar un buen rato para salir del aeropuerto y librarme de ella. Cuando finalmente puedo hacerlo —respirar—, me embisten de golpe los olores característicos del país, los mismos que conservo, gracias a mis viajes anteriores, grabados en la memoria. Cierro los ojos y me dejo llevar. Estoy en Brasil y eso hace que sonría. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez. El olor es el mismo, pero el panorama es tan diferente... En 2014 aún mandaba el PT, el Partido de los Trabajadores, con Dilma Rousseff como presidenta. Y Pedro Casaldàliga aún estaba vivo. Inmóvil y callado, pero vivo. Ese silencio, forzado en aquel momento y ahora definitivo, me deja sin la mejor referencia para comprender qué ha ocurrido en los últimos tiempos en este país. ¿Qué pensaba Casaldàliga de la caída del PT, del giro radical hacia la derecha, de la presidencia de Bolsonaro? Su última etapa fue un colofón extraño y poco apropiado para una vida marcada por su voluntad de alzar la voz y ofrecer su testimonio en cualquier ocasión. Condicionado e imposibilitado por la enfermedad, esos años se caracterizaron por el retiro, el silencio y el alejamiento.

La desaparición de Casaldàliga de la vida pública coincide, en los años 2013 y 2014, con el incremento de una fuerte polarización de la sociedad brasileña. Una división que no ha cesado de crecer y que, en parte, se explica por el auge de la ultraderecha. Pero no solo por eso. Como en otros sitios, mucha gente en Brasil se ha apuntado a la derecha, pero aquí lo ha hecho tras dar un giro radical. Después de más de doce años de gobierno del PT, una parte significativa de la población que antes se definía como de izquierdas se ha alejado de esa orientación política de manera clara y contundente. El desgaste del ejercicio del poder, el agravamiento de la crisis económica, las promesas incumplidas, los casos de corrupción, etcétera, ayudan en

parte a entender esta reacción, que podría resultar incluso lógica. Pero eso no lo explica todo. Conforme pasaba el tiempo, el distanciamiento entre el PT y una base importante de sus seguidores crecía y se hacía cada vez más visceral. Las razones ideológicas no han pesado tanto como ciertos argumentos, de carácter más irracional y emocional, que han llevado a mucha gente hacia posiciones radicales contrarias a la izquierda y al PT.

Pude comprobarlo en 2014, durante mi última visita a Brasil, que coincidió con las últimas elecciones que ganó —de manera muy ajustada— Dilma Rousseff. En São Paulo, la ciudad donde permanecí los días previos a la campaña, me costó encontrar partidarios del PT. Me sorprendió el nivel de cansancio, de contrariedad o de crispación que gente muy variada, de toda clase y condición, sentía por el Gobierno de izquierdas. Parecía mentira. Eran la misma gente y la misma ciudad que pocos años antes, en 2002, había vibrado con Lula en las primeras elecciones que ganó. Eran los mismos que aplaudieron, llenos de esperanza, las valientes medidas de aquel primer Gobierno del PT que prometió que acabaría con el hambre y que lucharía para que todos los brasileños tuvieran acceso a la educación y a una vida digna. Y el caso es que Lula y el PT lo consiguieron. A principios del milenio, Brasil fue protagonista de un auténtico milagro: en siete años, de 2003 a 2010, Lula consiguió lo que parecía imposible, la cuadratura del círculo, los ricos eran cada día más ricos y los pobres, millones de pobres, eran cada día menos pobres. No obstante, la rapidez de ese crecimiento comprimió y devaluó a la clase media y no se vio acompañada de la creación de las infraestructuras y de los servicios básicos que cualquier país moderno necesita.

En realidad, el milagro de Lula y del PT fue posible gracias a que coincidió con un ciclo de crecimiento y de

bonanza económica espectacular que permitió cumplir las promesas realizadas a los más pobres al tiempo que las grandes fortunas y las grandes empresas salían beneficiadas. Lo cierto es que, por habilidad o por suerte, Lula consiguió que millones de personas del nordeste y del interior del país, de las regiones más pobres, dejaran de pasar hambre gracias al programa Bolsa Família, una pequeña ayuda económica que, sin embargo, supuso una gran diferencia para millones de brasileños. La ayuda, que permitió a muchas familias llevar una dieta diaria más completa e incluso comprar una moto o una nevera con lo ahorrado, hizo que las regiones tradicionalmente más deprimidas de Brasil dieran un histórico salto adelante. Además, como la Bolsa Família se concedía a condición de que los niños fueran a la escuela, también supuso un incremento notable del índice de escolarización. Lula supo capitalizar el éxito indiscutible de esta iniciativa política y, como consecuencia lógica, los votos al PT crecieron de manera exponencial en estos territorios. Esto, que al principio no sorprendía a nadie y tampoco se consideraba especialmente negativo, con el paso del tiempo se percibió de otra manera. A medida que el voto al PT se consolidaba, el descontento en las regiones tradicionalmente más activas de Brasil, como São Paulo, crecía. Los votos de agradecimiento y de respuesta por las promesas cumplidas fueron interpretados por muchos como votos cautivos comprados con las ayudas del Gobierno.

Esa fue una de las principales causas de la crispación y el alejamiento del PT por parte de un sector importante de la población brasileña que poco antes lo había apoyado. Pero no ha sido la única. Los casos de corrupción empezaron a multiplicarse y a ensuciar la imagen del Gobierno, del partido y de muchos de sus dirigentes. No tanto por que casos como esos sean extraños o poco habituales en un

país que, lamentablemente, tiene una larga tradición en corruptelas o porque el PT fuera más corrupto que otros partidos brasileños, sino porque el discurso moral que caracteriza a partidos como el PT, y a la izquierda en general, hace que los errores o los comportamientos poco edificantes sean más difíciles de perdonar. Como dijo el vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, cuando pierde la dignidad por las acusaciones de corrupción, un partido de izquierdas se equipara a «todos los demás», es decir, a la clase política tradicional, y entonces pierde su valor más importante: presentarse como un proyecto transformador.

El gran escándalo de corrupción que sacudió la última etapa del Gobierno Rousseff fue la operación Lava Jato, un caso en el que estaban implicados directivos de grandes empresas y políticos de diferentes partidos, no solo del PT. *Lava jato* significa *autolavado*, y hace referencia a una gasolinera de la zona sur de Brasilia —que paradójicamente no tenía servicio de autolavado— donde había una oficina que centralizaba una extensa y discreta red de sobornos. Los responsables de este invento habían diseñado un sofisticado y transversal mecanismo que ponía en contacto a políticos en activo en el Parlamento y en el Gobierno con empresarios que querían conseguir obras públicas y toda clase de favores. Gracias a una batida policial que se llevó a cabo en marzo de 2014, el último año del primer mandato de Dilma Rousseff, se descubrió, siguiendo el rastro del dinero, la implicación de la cúpula de la petrolera Petrobras, una de las empresas públicas más grandes de Brasil. Tirando del hilo se dieron cuenta de que la corrupción era sistémica y que salpicaba a todo el mundo: políticos de todos los partidos y directivos y propietarios de las empresas más importantes del país. Verdaderas multinacionales brasileñas, como Odebrecht o el grupo EBX, se vieron directamente implicadas. Por si fuera poco, sus dirigentes

acabaron en la cárcel junto con destacadas figuras políticas, cuya conducta delictiva quedó demostrada con pruebas irrefutables.

Hay que reconocer que la operación Lava Jato no habría sido posible sin el margen de independencia y de libertad con el que trabajó el equipo de investigadores de la Policía Federal, liderado por el juez de Curitiba Sérgio Moro. El grado de independencia del que disfrutó la Policía Federal en los primeros Gobiernos del PT no existía con los anteriores y, obviamente, no ha existido con el de Bolsonaro. Este fue un factor clave que dio alas a los investigadores para profundizar en la red de corrupción y para que no les temblara el pulso a la hora de implicar a las más altas instancias y figuras, que, hasta aquel momento, parecían intocables. La manera en que el juez Sérgio Moro supo presentar el proceso a la opinión pública fue asimismo determinante. Los grandes medios de comunicación, que, dado su cariz conservador, nunca habían sido afines al PT, contribuyeron a amplificar el escándalo retransmitiéndolo en directo y, con razón de sobra, apuntando a la responsabilidad del Gobierno. La explosión de indignación fue general. Mucha gente —espoleada, además, por el aumento de los precios y por el agravamiento de la crisis económica— salió a la calle. Era gente de clase media, gente que quizá había votado al PT y que ahora vivía con desesperanza el declive de un país que les habían dicho que era imparable. Y en medio de este escenario destacaba la figura con tintes heroicos de Sérgio Moro, vestido con su brillante armadura judicial. Siguiendo el ejemplo de la actuación de los jueces italianos de Mani Pulite en los noventa, fomentó las delaciones a cambio de reducciones de condena, logrando así desmontar una de las redes de corrupción más grandes de América Latina. El impacto fue enorme en todo el continente, y, en Brasil, el ambiente general de des-

contento empujó a un sector importante de la población a pedir, más que justicia, venganza. Querían sacar a la izquierda del poder como fuera. Y lo consiguieron. En 2016, un grupo de partidos y de congresistas idearon una argucia técnica legal, relacionada con la manera en que el Gobierno había tratado de camuflar el déficit presupuestario, para iniciar un proceso de *impeachment* contra Dilma Rousseff. Paradójicamente, el diputado que lideró el proceso, Eduardo Cunha, fue condenado poco después a quince años de prisión, en el marco de la operación Lava Jato, por haber recibido cuarenta millones de dólares en sobornos.

Los seguidores del PT consideraron el *impeachment* un golpe de Estado, aunque poco pudieron hacer para evitarlo. Estaban noqueados. Tampoco pudieron hacer prácticamente nada cuando el implacable juez Sérgio Moro impidió que Lula se presentara de nuevo a las elecciones al condenarlo a doce años de prisión por corrupción y blanqueamiento de dinero —por más que todos los sondeos apuntaban a que, a pesar de lo ocurrido, las ganaría—. Parecía imposible, pero en abril de 2018 Lula ingresó en prisión. No pudo presentarse a unas elecciones que, contra muchos de los pronósticos, ganó Jair Bolsonaro. Cuando, un año y medio más tarde, se demostró que durante su proceso se habían producido numerosas irregularidades y falsedades y Lula salió de la cárcel ya era demasiado tarde y no había nada que hacer. La condena se anuló y Lula recuperó todos los derechos y parte de su reputación, pero mientras tanto Bolsonaro ya era presidente. Ah, y Sérgio Moro, por si alguien lo dudaba, colgó la toga y aceptó el cargo de ministro de Justicia del nuevo Gobierno.

Así es el nuevo Brasil que me acoge esta mañana de noviembre de 2021, feliz y dividido como siempre. O quizá un poco más. Porque mientras por un lado la COVID-19 parece aflojar, por otro el Gobierno Bolsonaro parece em-

peñado en aumentar las diferencias entre la derecha y la izquierda. Es lo que destacan los periódicos para darme la bienvenida al país. El tema central en la prensa, tras la celebración de la mejora de la pandemia, es la batalla por el futuro. Que si las encuestan dicen que Lula es el favorito, que si Bolsonaro está a punto de cambiar de nuevo de partido —está acostumbrado, porque ya lo ha hecho unas diez veces—, que si Sérgio Moro, que finalmente solo estuvo un año en el Gobierno, podría ser la alternativa de quienes sueñan con una tercera vía... Un panorama más que prometedor para alguien como yo, que ha viajado hasta aquí para seguir las huellas y el legado de un hombre que amó apasionadamente este país, que combina de manera sorprendente lo peor y lo mejor de la naturaleza humana.

He querido empezar mi viaje por el nombre que asocio a la muerte de Casaldàliga, Batatais, el lugar donde murió un hombre que siempre había manifestado su voluntad de no moverse de São Félix do Araguaia. Ni vivo ni muerto.

*Entiérrame en el río,
cerca de una garza blanca.
El resto ya será mío.
[...]
El éxito del fracaso.
La gracia de la llegada.*

Si esta última voluntad suya, la de morir en São Félix, al lado de su querido Araguaia, no pudo cumplirse fue porque la infraestructura sanitaria en esa población es muy básica. Casaldàliga seguía viviendo en su casa de siempre, con las pocas comodidades de siempre, pero cuando su salud se agravó las personas que lo cuidaban desde hacía años se sintieron incapaces de seguir haciéndolo. Pidieron ayuda, y los claretianos de Batatais se ofrecieron inmediata-

mente a acogerlo. Los amigos que tenía por todo Brasil recaudaron dinero y contrataron un avión medicalizado para trasladarlo a esta ciudad del interior del Estado de São Paulo, a dos mil kilómetros de São Félix. Todo fue muy rápido: el traslado, la llegada a Batatais y también la muerte.

De aquellos días, recuerdo con satisfacción la enorme repercusión que su muerte tuvo en Brasil y en Cataluña. Y también la sensación de orfandad que me dejó. Hacía pocos meses que había experimentado la misma sensación al morir mi madre. Con Pedro Casaldàliga fue diferente. No lo veía desde hacía años y tampoco podía hablar con él. El contacto se reducía a abrazos virtuales que le hacía llegar a través de la gente que lo cuidaba, a los turronec y a las felicitaciones que cada año le enviaba por Navidad. Hacía tiempo que él ya no me respondía, pero yo sabía que estaba allí, estaba «vivo», como él mismo me había dicho con un hilo de voz la última vez que nos vimos. Para mí era suficiente. La muerte de las personas queridas es inevitable, pero cuando ocurre, por previsible que sea, el golpe siempre es más duro de lo que habíamos imaginado; y la sensación de soledad, mayor.

También recordé las muchas veces que había hablado con él de la muerte. Un tema áspero y extraño para mí, acostumbrado a vivir en un mundo donde la muerte se oculta y se disimula, donde nunca es un tema de conversación adecuado ni oportuno. Con él, en cambio, que había vivido condicionado y rodeado por la muerte, hablar de ello no solo tenía sentido, sino que además resultaba natural y reconfortante. Casaldàliga tuvo que acostumbrarse a tantas muertes violentas y a enterrar a tantos inocentes que, quizá para no volverse loco y seguir encontrando motivos de esperanza, tituló su segundo libro de memorias, el que relata los años más violentos de su etapa en el Mato Grosso, *La muerte que da sentido a mi credo*. Un título que

hace referencia a una realidad que lo acompañó a lo largo de toda su vida: el martirio. Para Casaldàliga, que vivió rodeado de mártires, el martirio siempre supuso una devoción y una discreta ambición. También una vocación.

Casaldàliga solía decir que dar la muerte era una manera lógica de dar la vida. Fue esta vocación de mártir la que lo llevó a convertirse en misionero. Y por esa misma razón optó por los claretianos, por la proximidad geográfica de su fundador y porque eran misioneros. No obstante, a pesar de que se mantuvo fiel a sus orígenes y siempre se sintió muy claretiano, su evolución ideológica y vital lo llevó a alejarse de su comunidad. Por ello, nunca tuvo una relación muy estrecha con su congregación en Brasil. De hecho, antes de su último viaje a Batatais, la ciudad en que murió, solo había estado en ella una vez hacía muchos años, a pesar de que ese lugar cuenta con una de las comunidades claretianas más importantes del país, que incluye una residencia de misioneros, una escuela y una universidad. El distanciamiento venía de lejos. El origen de São Félix do Araguaia era una misión claretiana, y nunca dejó de serlo, pero, salvo en los primeros años, quienes ayudaron a Casaldàliga a levantar la prelatura no fueron los claretianos. O bien eran seculares que sintonizaban con su proyecto o bien religiosos de otras congregaciones, como los agustinos, que siempre estuvieron a su lado.

Me dirijo a Batatais para conocer los motivos de ese distanciamiento y para averiguar qué ha cambiado. También porque la retransmisión en *streaming* del funeral, que se celebró en las instalaciones del Centro Universitario, con el cuerpo de Casaldàliga cubierto por una gasa blanca, es la última imagen tengo de él. Y porque quiero que su punto final se convierta en mi punto de partida. He quedado con Ronaldo Mazula, un claretiano que, a juzgar por los mensajes, las fotos y los memes que me ha enviado

por WhatsApp, es un admirador de Casaldàliga. Me recoge en el aeropuerto con una *pick-up* en cuya radio se oye un partido de fútbol. Baja el volumen, pero no la apaga, y con una media sonrisa me dice:

—Es que juega el Santos y mi hermano me ha pedido que le cuente como acaba el partido. Es ganadero, está en una subasta y no puede verlo.

Ronaldo ronda los sesenta, es de complexión fuerte, simpático y muy hablador. Me cae bien este hombre... Además, me siento ligeramente identificado con su pasión futbolística.

—Yo soy del Corinthians —me aclara—. ¡No te confundas!

Ronaldo, con la narración radiofónica de la derrota del Santos de fondo, me cuenta lo que hicieron los claretianos para llevar a Casaldàliga a Batatais, y, emocionado, rememora la reacción de la gente, tanto en directo como de manera virtual, en la capilla ardiente y en el funeral. De pronto interrumpe el relato, cambia de tono y me dice que deberían haberlo llevado antes.

—Cuando llegó ya no había nada que hacer —añade Ronaldo—. Estaba muy mal. Hacía tiempo que yo quería llevarlo a nuestra casa de Batatais. Tenemos una residencia con todo lo necesario para atender a los enfermos y, solamente a cinco minutos, un hospital con las mejores instalaciones de Brasil. Lo llevaron demasiado tarde...

La congregación de los claretianos, fundada por el catalán Antoni Maria Claret, cuenta actualmente con más de tres mil religiosos en sesenta y nueve países. Brasil siempre ha sido uno de los territorios con más presencia de claretianos. Aquí tienen misiones y comunidades diseminadas por todo el país, pero es sobre todo en el campo de la educación donde han sabido destacar. Sus escuelas gozan de prestigio y tienen bastante demandada; la joya de la coro-

na es la Universidad de Batatais, que es líder en educación a distancia. Ronaldo me detalla toda esta información para que me haga una idea de lo que son y lo que representan los claretianos en Brasil.

De pronto, se pone serio y me habla de Casaldàliga, de quien confiesa ser un ferviente seguidor. «Lo admiraba profundamente», me dice, y me cuenta cómo lo conoció. Fue durante un encuentro en el seminario. Él representaba todo lo que Ronaldo aspiraba a ser cuando se hizo religioso. Un misionero que arriesgaba su vida en una tierra lejana. Eso deseaba ser Ronaldo cuando se hizo claretiano, misionero. Y quería ir cuanto más lejos mejor, a África. Ese era su sueño de niño en Barretos, un pueblo agrícola de la zona más rica del interior de São Paulo, no muy lejos de Batatais. Ronaldo viene de una familia muy religiosa, sobre todo su madre, una persona de misa diaria, a quien hizo muy feliz que su hijo, cuando tenía doce años, le dijera que quería entrar en el seminario. Un claretiano había visitado su colegio y le había hecho cumplimentar un test para medir su capacidad y disposición para la vida religiosa. Así fue como descubrió su vocación. Me confiesa que no se arrepiente, que ha tenido una vida plena y feliz a pesar de no haber podido cumplir su sueño infantil de ir a África. Como muchos otros claretianos brasileños se ha dedicado a la enseñanza. Hace poco que se ha jubilado y se dedica a pasear arriba y abajo con su *pick-up* ayudando a las diferentes comunidades del país y manteniéndolas en contacto. Me cuenta que la primera vez que vio a Casaldàliga fue en el año 1978, cuando él estaba en el seminario. Fue una visita fugaz, y reconoce que en aquella ocasión, a pesar de coincidir con el momento más épico de su lucha en São Félix, él no se enteró de gran cosa, o más bien se podría decir que no entendió nada, pues no se le dio mucha importancia a esa visita. El ideario de Casaldàliga no estaba

en sintonía con la enseñanza que recibía en el seminario que, entre otras cosas, no le hacía ser del todo consciente de que el país vivía en una dictadura. Tardó diez años en volver a coincidir con él; para entonces ya estaba más formado, había leído más y tenía más información del mundo en que vivía, lo que propició que lo viera con otros ojos.

—Ahora admiro a Casaldàliga por lo que hizo —confiesa Ronaldo—, pero sobre todo por su espiritualidad. Por la manera en que ha sabido combinar la acción con el hecho de ser un hombre de oración, aunque debo reconocer que ningún profeta goza de unanimidad. De una manera u otra, la polarización que ahora divide la sociedad brasileña siempre ha existido.

Como su respuesta no me convence del todo, insisto. Le pregunto de manera más directa si entre los claretianos, y no solo entre ellos, los que piensan como él, en relación con Casaldàliga y a la teología de la liberación, siguen siendo una excepción.

—Sí, supongo que sí —reconoce Ronaldo—. Soy consciente de que somos minoría. Yo diría que aquí, en Brasil, los seguidores de la teología de la liberación, es decir, la Iglesia más progresista, no debe de representar más de un 20 por ciento. Eso no impide que la mayor parte de la comunidad religiosa del país, independientemente de su ideología política, reconozca de manera sincera y sentida el valor y la aportación de sus figuras más representativas, como Casaldàliga.

Me quedo con ese dato —menos de un 20 por ciento— para confirmar lo que ya sabía, que la teología de la liberación, por más que haya sido un símbolo de transformación en América Latina, es minoritaria dentro de la Iglesia católica. Incluso en Brasil. La cifra que me facilita Ronaldo no procede ni de encuestas ni de estudios científicos, y, por lo tanto, tiene una validez relativa. Pero me sirve para enten-

der mejor la soledad, el poco acompañamiento oficial, con que Pedro Casaldàliga y la mayoría de los religiosos de la teología de la liberación tuvieron que llevar a cabo su camino. Este movimiento nació en 1968 como consecuencia del Concilio Vaticano II y de la Conferencia de Medellín para dar respuesta a la situación de opresión y al subdesarrollo de América Latina. En aquellos primeros momentos sus principales ideólogos fueron el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez y el religioso brasileño Leonardo Boff. Reivindicaban, tomando como referencia la lucha de clases, que la Iglesia debía optar preferentemente por los pobres y aseguraban que la salvación cristiana no era posible sin la liberación política, social e ideológica de la población latinoamericana. Su posicionamiento, claramente de izquierdas y anticapitalista, pronto se topó con la oposición frontal de la jerarquía vaticana, sobre todo durante el pontificado de Juan Pablo II, un anticomunista convencido y radical. Como consecuencia, durante las décadas de los ochenta y los noventa la teología de la liberación fue perseguida y castigada. Así, casi todas las figuras destacadas de este movimiento, entre ellos Casaldàliga, fueron llamadas a capítulo por parte del Vaticano, que castigó con dureza a quienes se negaron a someterse a sus exigencias. Una imagen que resume perfectamente esa represión interna es la que protagonizaron Ernesto Cardenal, sacerdote y ministro de Cultura en el primer Gobierno sandinista, y Juan Pablo II durante la visita de este a Nicaragua. Cardenal quiso recibir al papa en la pista de aterrizaje, de rodillas. Sin embargo, en vez de la ansiada bendición, recibió una severa y visible reprimenda del papa que dio la vuelta al mundo.

Esta bronca histórica ejemplifica de manera muy gráfica el rechazo institucional que sufrió la teología de la liberación. Y también explica el distanciamiento que siempre hubo entre Casaldàliga y sus correligionarios claretianos,

mucho más alineados con la oficialidad. Precisamente por esta razón, llevarlo a morir a Batatais tuvo un significado especial.

—Creo que fue la mano de Dios —afirma contundente Ronaldo—. En aquellos últimos años la situación cambió y se fue produciendo un acercamiento. En parte, porque yo llevé el provincial a São Félix y promoví la visita de muchos claretianos a esa región para que la conocieran mejor. Siempre nos ofrecimos a ayudarlo, especialmente cuando supimos que tenía problemas económicos o cuando hace unos años recibió nuevas amenazas de muerte. Pienso que traerlo a morir aquí, entre nosotros, fue una especie de reconciliación final. Para mí tiene un gran valor la conversación que mantuve con él en São Félix dos años antes de su muerte. Era uno de aquellos días en que la enfermedad del Parkinson no era un obstáculo y podías comunicarte con él. Más que una conversación diría que fue como una especie de confesión, o quizá como si me dictara un testamento dirigido a nuestra orden. Su mensaje final fue que, a pesar de las discrepancias y la rigidez de las respectivas posiciones, quería que quedara claro que él nunca había dejado de ser claretiano.

Me ha parecido que Ronaldo se emocionaba al recordar este último encuentro con Casaldàliga. Por primera vez durante el trayecto de la *pick-up* desde el aeropuerto hasta la residencia claretiana de Batatais, se hace el silencio, lo cual nos permite recuperar el hilo de la retransmisión deportiva de la radio y asegurarnos de que el Santos ha perdido. Ronaldo parece alegrarse.

—Casi hemos llegado —advierte—. Espero que no lleguemos tarde a cenar.

—Pero si todavía no son ni las seis de la tarde —respondo.

—Aquí cenamos muy temprano. Ten en cuenta que en

la comunidad somos todos personas mayores. Ahora los conocerás. Ah, y para tu información, un par son catalanes.

Llegamos a la residencia claretiana de Batatais a tiempo para la cena. No me había hecho ninguna idea de cómo sería ese lugar, pero me impresiona lo que veo: un edificio singular de ladrillos rojos de una sola planta. Lo llaman *a casa de barro*, la casa de barro, y fue construida en 1985 al lado del Colegio de San José y de la Universidad Claretiana. Es un edificio moderno con un diseño arquitectónico muy original. La estructura es la clásica de un monasterio que circunda un claustro y una capilla, pero las tejas curvadas con reminiscencias gaudinianas, las aperturas insospechadas para dejar filtrar la luz y la omnipresencia de los ladrillos rojos en el edificio le otorgan una personalidad única.

Ronaldo tenía razón. Son las seis en punto y toda la comunidad ya está en el comedor dispuesta para la cena: siete u ocho personas repartidas entre dos mesas, una larga y otra redonda. Recuerdo lo que me ha dicho Ronaldo hace un momento y lo confirmo. Salvo Cícero, un religioso joven, y una enfermera que los cuida, todos son muy mayores. Si no fuera por la singularidad del espacio, el lugar recordaría a la residencia de ancianos donde estuvo mi madre antes de morir.

Me siento a la mesa redonda, en la que, según me advierte Ronaldo, están los dos catalanes. Me presento. Les hace gracia que mi apellido sea Escribano. Me dicen que debe de irme muy bien para ser escritor. Luego se presentan ellos. O más bien lo intentan. Tengo la sensación de que están un poco idos, o quizá solo estén más atentos a la cena que a mí. En cualquier caso, Ronaldo acaba siendo el que me explica quién es cada uno. Me habla de José, de Roque —que está a punto de cumplir cien años— y de

Alfonso. De repente, este último, cuando oye su nombre, se pone a cantar. La demencia, me aclara Ronaldo con cierta resignación.

—Alfonso hablaba y puede que siga hablando más de veinte lenguas —añade—. Vivas y muertas.

De repente, Alfonso deja de cantar, se gira hacia mí y me pregunta si soy de Fráncfort. Le digo que no y se pone a cantar de nuevo. Ronaldo acaba las presentaciones con las dos personas que tengo al lado. Son Josep Maria Collell y Matías García, los catalanes de quienes me había hablado. Tienen ochenta y siete y ochenta nueve años respectivamente.

—Alfonso era un hombre de una gran inteligencia —me aclara Josep Maria, con una sonrisa, para disipar mi desconcierto—. Así que usted es catalán, ¿no? ¡Qué bien!

Por un momento, esa manera de hablar, la de alguien que lleva muchos años allí, con ese catalán que suena a brasileño, me recuerda a Casaldàliga y a su peculiar acento, mitad de Balsareny y mitad del *sertão*. Josep Maria es de Santa Eugènia de Berga, muy cerca de Vic, una de las ciudades más católicas de la Cataluña cristiana y muy cerca de Sallent, la patria natal de Antoni Maria Claret. Quizá por eso acabara convirtiéndose en claretiano. Por eso y porque, como Casaldàliga, proviene de una familia de payeses católicos que sufrió persecuciones durante los años de la República y de la Guerra Civil.

—Recuerdo que teníamos que rezar el rosario a escondidas. Y las misas también eran clandestinas, no podíamos ir a la iglesia porque las quemaban —me cuenta Josep Maria; y hablando de eso, no sé cómo, acabamos hablando de Franco—. Por eso, cuando ganó la guerra, fue considerado el salvador del país. La verdad es que no guardo mal recuerdo de Franco. Con el tiempo se ha dicho que era un

dictador, y puede que fuera verdad, porque prohibió el catalán y oprimió a Cataluña, pero salíamos de una situación que era peor.

—Nosotros, toda *nossa* familia, éramos partidarios de Franco —interviene Matías, que habla una mezcla extrañamente comprensible de catalán, portugués y castellano—. *Si falavan mal de ele* yo oía decir en casa que no, que no, que no era *verdade*... Que Franco ayudó a levantar aquella *igreja*... Por eso cuando *falan* de dictadura yo no sé qué decir. Yo no digo nada.

Matías nació en Murcia, pero se formó como religioso en Cataluña, donde vivió muchos años. Por eso habla catalán. Su familia, al igual que la de Josep Maria, era profundamente católica. En cierta manera, la historia de estos dos venerables claretianos tiene muchas similitudes con la de Casaldàliga. Llegaron a Brasil pasados los cuarenta, tras una larga trayectoria en unos cuantos destinos. Como religiosos claretianos, a los tres se les supone la vocación misionera, por lo que no resulta extraño que, a pesar de su edad, llegaran a Brasil con la ilusión de haber cumplido un sueño. A partir de aquí, las vidas y los compromisos de Casaldàliga y ellos dos se bifurcan radicalmente. Josep Maria y Matías llevaron una vida relativamente tranquila y sin grandes sobresaltos en los diferentes lugares a los que fueron destinados, siempre encuadrados en la línea ideológica y programática mayoritaria de la orden claretiana. Nada que ver con Casaldàliga. Ambos lo conocieron, coincidieron con él en varias ocasiones y se confiesan grandes admiradores suyos.

—Cuando cumplí los veinticinco años como sacerdote, quise celebrarlo yendo a São Félix do Araguaia —relata Josep Maria—. Allí lo conocí. Era el año 1988. Vivía en una casa muy sencilla. Me impresionó. Tenía un espíritu muy suyo, muy sacrificado. Era muy inteligente, un gran

misionero, poeta y profeta; también muy radical, por eso bastante gente lo ha criticado... Tenía a muchos obispos en contra, y también a muchos claretianos.

Matías parece estar de acuerdo con las palabras de su compañero. Ambos participaron en el funeral que se celebró en Batatais y son plenamente conscientes de la dimensión de la figura de Casaldàliga. Su respeto y admiración parecen sinceros, también la satisfacción de que hubiera reconducido su histórico distanciamiento con la comunidad claretiana.

—Los claretianos no tuvieron éxito con él —dice Josep Maria hablando en tercera persona, como queriendo suavizar las discrepancias—. Puede que porque muchos no pensaban como él, o tal vez porque no querían arriesgarse. Por eso está muy bien que ahora, al final, se haya decidido abrir una comunidad claretiana en la región, y además en Ribeirão Cascalheira, el Santuario de los Mártires, un lugar sagrado para mucha gente.

El lugar del que habla Josep Maria es un espacio dedicado a la memoria de los mártires de la caminata, erigido en el lugar donde mataron al padre João Bosco, asesinado a sangre fría el 12 de octubre de 1976. Lo mataron cuando Casaldàliga y él fueron a la comisaría de policía para interceder en favor de dos mujeres del pueblo que estaban siendo torturadas en su interior.

Hace un buen rato que hemos acabado de cenar. La conversación es agradable, pero noto que tanto Josep Maria como Matías empiezan a estar cansados, así que decido hacerles una última pregunta: cuál creen que es legado que deja Casaldàliga. Se produce un largo silencio.

—Bueno, es uno de esos grandes hombres... —responde Josep Maria, que de repente se detiene y pasa a la primera persona del plural para cambiar luego al singular—. Los admiramos pero no podemos imitarlos porque fueron ex-

traordinarios en su lucha... Yo lo venero, quiero a Pedro Casaldàliga, pero no he sido capaz de imitarlo... Fue valiente, fue un buen testigo de su tiempo.

Después de la conversación con los dos ancianos claretianos, de ver cómo viven y lo bien cuidados que están en esta plácida, tranquila y protegida comunidad-residencia de Batatais, entiendo por qué Ronaldo quería trasladar aquí a Casaldàliga... Pero también tengo muy claro por qué él no quería venir. Sencillamente, este no era su mundo.

Tras la cena, Ronaldo me presenta a Luis Botteon, otro claretiano de la comunidad. Él fue el encargado de organizar el viaje final de Casaldàliga y los actos de despedida que se celebraron aquí. Como todos con quienes he hablado hasta ahora, se siente orgulloso del trabajo que hicieron y feliz por esa especie de reconciliación final con Casaldàliga, de quien también se confiesa un gran admirador. Me muestran los lugares en que se instaló la capilla ardiente y se celebró el funeral: la pista deportiva y la capilla del Colegio San José. Los reconozco porque los vi en la transmisión en *streaming* que se realizó, aunque son tan grandes y están tan vacíos que me resultan fríos. No me transmiten nada. Nos quedamos en silencio.

De repente, Luis me dice que grabaron todos los actos. Que Rádio Claretiana, que emite a todo el país y que también da servicio a la TV Claret —ubicada en Rio Claro—, dio la noticia de la muerte de Casaldàliga a todo el mundo y lo documentó todo.

Me presentan a Rodrigo César Machado, el gestor de Rádio Claretiana. Paso un par de horas con él revisando las imágenes de la estancia de Casaldàliga en Batatais. Me las enseña con el orgullo profesional de quien es consciente de haber hecho un buen trabajo que además ha tenido una gran repercusión. Viendo las imágenes se percibe el

esfuerzo y la delicadeza con que decoraron el espacio para crear un ambiente fiel a su espíritu y a su trayectoria vital. Como Casaldàliga no tenía ninguna túnica, una profesora de arte confeccionó una de algodón en menos de veinticuatro horas. Además, en el ataúd y alrededor de este colocaron varios objetos que tenían un significado especial y una evidente carga emocional: collares indígenas, semillas de burití, árboles quemados, vallas de alambre... No cabe duda de que los claretianos hicieron un buen trabajo. Como también lo hicieron, con pocos recursos, los profesionales de la radio. Antes de despedirnos, Rodrigo me enseña unas imágenes que no han hecho ni tienen la intención de hacer públicas. Me dice que las grabaron por su valor documental. Se trata de la habitación de hospital donde estaba ingresado Casaldàliga pocas horas antes de su muerte. Las imágenes muestran la visita del arzobispo de Ribeirão Preto para darle la extremaunción. El impacto de verlo de nuevo, entubado, inconsciente y demacrado me hieló la sangre. No entiendo por qué las grabaron, solo sé que habría preferido no verlas jamás. Soy consciente de que la muerte es un fenómeno natural, y con los años he aprendido a no esconderla y a no esconderme ante ella. Pero una cosa es aceptarla y otra muy diferente es que a veces no sepamos gestionar el fin de la vida. La imagen de aquel cuerpo desvalido, sin conciencia, enchufado a la vida de manera artificial, me trae a la mente el poema que Casaldàliga había escrito unos años atrás: «Yo moriré de pie como los árboles». Así es como quisiera recordarlo. De pie, luchando y, a pesar de la debilidad causada por la edad y la enfermedad, siendo él mismo.

Por más que lo intente, no puedo borrar esa imagen de mi cabeza. Para tratar de encontrar sentido o alivio, me esfuerzo en recordar las largas conversaciones sobre la vida y la muerte que mantuve con Casaldàliga, durante las cua-

les me decía que tenía la sensación de que vivía de propina. Tras tantas amenazas de muerte, tantos intentos de asesinato, tanta gente muerta en su lugar, para él, dar la vida no era una posibilidad remota, era casi un deber. Quizá un deseo. «Debemos aprender a matar la vida para aprender a vivir la muerte», decía en uno de sus escritos.

Aprender a vivir la muerte... Uno de los recuerdos más bonitos que tengo de las estancias en la casa de Pedro Casaldàliga en São Félix son los momentos en que lo acompañaba a rezar en la capilla de su patio. Era un espacio mágico. Utilizo esta expresión que imagino frívola y poco apropiada porque incluso yo, que no soy de misas u oraciones, rezaba. A su Dios y al mío. A sus santos y a los míos. Un día, Casaldàliga me enseñó las reliquias de su capilla. Un fragmento del cráneo de Ignacio Ellacuría y un retal de la túnica que llevaba monseñor Romero cuando lo mataron. Sus mártires. Siempre me pareció que hablaba de ellos con una devoción a medio camino entre el agradecimiento y la envidia. Quizá *envidia* sea una palabra sea demasiado fuerte e inexacta, pero él me transmitía su voluntad de imitarlos, y eso era lo que más me costaba entender.

—Si en el primer mundo a veces no tenéis razones para vivir, ¿cómo queréis tenerlas para morir? —respondía Casaldàliga ante mi estupor y mi escepticismo—. Hace años que cuando rezo no pido fuertemente el martirio. Cuando la muerte no es simplemente una muerte muerta o una muerte matada, sino una muerte vivida, una muerte ofrecida, como la de los mártires, resulta cautivadora, porque solo quien es capaz de dar la vida, y de darla con sentido, es capaz de dar la muerte.

Recuperar estas palabras de Casaldàliga, ahora que ya no está, ahora que ha dado la muerte y que, ciertamente, ha dado la vida, me ayuda a entenderlo. Cuando en estos últimos años, con todas las limitaciones, los dolores y las

penalizaciones de la enfermedad, se agarraba a la vida era porque estaba viviendo la muerte. Era su martirio. Uno de sus grandes amigos y compañeros de lucha de los tiempos más difíciles, Tomás Balduino, obispo de Goiás, le decía con sorna que Dios lo castigaría haciéndolo morir en la cama. En aquel momento la broma les parecía graciosa, porque no imaginaban que se convertiría en realidad. No se imaginaban de mayores porque los que eran como ellos no llegaban a viejos. Por suerte, el «castigo» de Dios ha sido una bendición para todos nosotros. Tanto Balduino como Casaldàliga tuvieron una vida larga y plena, aunque no sé si eso era lo que ellos hubieran querido. Una de las últimas veces que Casaldàliga habló de la muerte, en una de las entrevistas largas que concedió justo antes de que el párkinson se lo impidiera, la periodista Mònica Terribas le preguntó si la muerte le daba miedo:

Miedo, lo que se dice miedo..., no, no exactamente. Pero como decía Rahner, el gran teólogo alemán, no deja de ser una sorpresa. Es casi como caerse a un abismo. Lo que ocurre es que si tienes fe, en el fondo de ese abismo están los brazos de Dios para recogerte... La esperanza... *Es-pe-ran-za*, esa es la palabra.

Si tuviera que encontrar una palabra, un concepto, una militancia que definiera a Casaldàliga por encima de las demás, sería esta, acentuando cada sílaba: ¡es-pe-ran-za!

Al día siguiente, antes de dejar Batatais para proseguir el viaje, asisto a la misa de las siete en la capilla de la casa de barro. Me rencuentro con el mismo entrañable grupo que conocí en la cena de ayer. Hoy quien celebra el oficio es Josep Maria, cuyo acento catalobrasileño me transporta de nuevo al pasado, a otro lugar, a la capilla de São Félix, aquel espacio «mágico» y libre, sin paredes, abierto a la

naturaleza y al mundo... Procuero hacer lo mismo que solía hacer allí, compartir las oraciones, aunque no las sepa. Pero no puedo. La conexión con Josep Maria, Matías, Ronaldo y Alfonso es demasiado débil para un creyente tibio como yo. Me siento totalmente aceptado, pero también demasiado alejado de ellos. ¿Le pasaría algo parecido a Casaldàliga? No lo sé, y, en cualquier caso, esta comparación sí que es una frivolidad.

Vuelvo a subir a la *pick-up*. Ronaldo se ha ofrecido a acompañarme al aeropuerto. Como hay tiempo y es domingo, me pregunta si quiero ir a comer con su familia. Barretos no nos pilla de paso, pero tampoco queda lejos. El trayecto me servirá, además de para conocer a los Mazula, para descubrir una de las regiones agrícolas más ricas del país. Ronaldo me cuenta que esta zona del norte del estado de São Paulo, contigua al de Minas Gerais, marca la transición entre el Cerrado, la sabana brasileña, y la Mata Atlántica, la selva frondosa y exuberante que en el pasado dominaba el litoral de Brasil.

—Todo esto que ves, antes era selva —confirma Ronaldo—. El 85 por ciento de este territorio se desforestó hace muchos años. Fue la primera tierra de Brasil que se explotó a fondo.

A través de las ventanas solo veo grandes extensiones de caña de azúcar que se pierden en el horizonte. También campos de naranjos, plantaciones de soja o árboles del caucho. Todas perfectamente alineadas y organizadas a partir de los límites de las muchas *fazendas* que se suceden a lo largo de la carretera. Esta región, a diferencia del Mato Grosso, es de pequeños y medianos propietarios. El paisaje no es tan aburrido como había supuesto. De vez en cuando aparece alguna pequeña mancha de vegetación atlántica que se ha salvado de la civilización o, más frecuentemente, un flamboyán imponente y en plena floración que rompe

la monotonía de las plantaciones. Me sorprende el color de la tierra. Aquí, a diferencia de la mayor parte de Brasil, no es roja. Estamos en la región de la *terra roxa*, la preciada tierra púrpura, una de las más fértiles del mundo. O eso, al menos, me asegura Ronaldo.

El origen y el destino de su familia, como es muy común en la región, es la agricultura. Agricultores y católicos, como las familias de Pedro Casaldàliga y de Josep Maria Collell. Agricultores, católicos y de derechas. Era lo más común en la primera mitad del siglo xx en Cataluña. Le pregunto a Ronaldo si esta región del interior de São Paulo, asimismo muy agrícola, con la propiedad de la tierra muy repartida y muy católica es también de derechas. No sabe aclarármelo. Deduzco que, dada la situación actual de basculación entre la izquierda de Lula y la derecha de Bolsonaro, los esquemas tradicionales resultan inservibles. Me pone como ejemplo a su familia, a la que estoy a punto de conocer. Al principio votaron a Lula, pero ahora todos —salvo su hermana Andreia y él— votan a Bolsonaro. Insiste en los argumentos que ya he oído decir repetidamente: que si la Bolsa Família garantiza el voto de *cabestro* (rebaño) de los beneficiarios, que si la corrupción es sistémica y endémica, que si se sintieron traicionados por el PT... Ronaldo recita esa retahíla con tristeza e impotencia. Pero también noto que está algo cabreado.

—¿Cómo es posible que seamos la decimosegunda economía del mundo y, en cambio, ocupemos el puesto número ochenta en el Índice de Desarrollo Humano? —pregunta Ronaldo indignado—. Tenemos sesenta millones de pobres...

Acabo de entenderlo cuando conozco a su familia. Estamos en una *pescaria* a las afueras de Barretos, un sitio popular lleno de familias que se reparten a la sombra de los árboles y alrededor de unas balsas de piscifactoría lle-

nas de peces que la gente, tras pescarlos con facilidad, lleva al chiringuito donde los cocinan y los sirven. Conozco a *dona* Wanda, la madre de Ronaldo, a su hermano Djalma y a su hermana Andreia. Son encantadores. Abiertos y muy agradables. Y están muy orgullosos de tener un hijo y un hermano como Ronaldo. Claretiano. Sobre todo *dona* Wanda, una persona profundamente religiosa.

La comida transcurre en un ambiente tranquilo y agradable en el marco bucólico de la *pescaria* hasta que se empieza a hablar de política. *Dona* Wanda dice que Lula es un ladrón y Djalma no le perdona que los haya traicionado. En cambio, cuando hablan de Bolsonaro se les ilumina la cara. Lo admiran. Me muestro sorprendido y les pregunto si también les parece que ha gestionado bien la pandemia.

—Todo lo que dicen es mentira —responde Djalma—. Es propaganda de izquierdas amplificada por Globo (el grupo de comunicación más potente del país) y por otros medios. Eso es lo que quieren que os llegue al extranjero para desprestigiar la imagen internacional de nuestro presidente.

Ronaldo, que ya me había advertido de que no le gustaba mucho hablar de política con su familia, tiene mucha más información que yo y hace una larga lista de las malas prácticas y de las peores decisiones que ha tomado Bolsonaro durante su mandato.

—Puede ser... —reconoce Djalma ante la avalancha de evidencias—, pero el PT tuvo doce años para hacer las cosas a su manera. Bolsonaro solo lleva tres. Deberíamos darle más tiempo.

—Si quieres verlo desde ese punto de vista —responde Ronaldo con firmeza—, deberías tener en cuenta que la derecha ha mandado en Brasil durante más de ciento veinte años y que las izquierdas solo lo han hecho durante doce.